

Corporaciones científicas

EN el *Boletín de la Sociedad Geográfica Nacional* (núm. 12, tomo LXXII) se publica el Discurso inaugural del Curso de 1932-1933, leído por su presidente, el excelentísimo señor don Gregorio Marañón. De tan importantísimo trabajo reproducimos con la mayor complacencia varios incisos, que se relacionan con las Academias y demás Corporaciones científicas. En tan atinados juicios no sólo se justifica la razón de su existencia, sino que se señalan acertados derroteros para su desenvolvimiento y para la mayor eficacia de sus actividades.

.....

.....

I

PAPEL ACTUAL DE LAS ACADEMIAS Y CONGRESOS.

Muchas veces nos hemos preguntado si en el estado actual de la ciencia debieron subsistir las Academias y Sociedades creadas cuando las condiciones del ambiente cultural eran, sin duda, muy distintas de las de ahora. Hay quienes opinan que la difusión que alcanza actualmente en el mundo entero cada palpitación del pensamiento humano hacen inútiles las reuniones de especialistas e investigadores, tanto en estas Sociedades permanentes como en los cónclaves circunstanciales de los Congresos. Cuando éstos se crearon era precisa, de tiempo en tiempo, la coincidencia personal de los estudiosos para co-

municarse los hallazgos recientes, que de otro modo tendrían que someterse al lento ritmo de difusión de escasas publicaciones de hallazgo limitado y difícil. Hoy cada investigador tiene abiertas las páginas de numerosas revistas, que en pocos días llevan la nueva de los descubrimientos a los rincones más lejanos del universo. Y a poco sensacional que sea la noticia científica, se encargará de dispersarla aquella noche misma la Prensa diaria y la voz instantánea y poderosa de la "radio".

Todo esto es verdad. Pero no lo es menos que las Sociedades científicas cumplen otra misión distinta de la ya periclitada de servir de centro colector y difusor de las ideas. Y este papel, el más trascendente, es establecer el inmediato y matizado control del pensamiento de cada hombre que piensa con el pensamiento de los demás. Y aun más que el pensamiento, todas aquellas otras vivencias intelectuales, efectivas, orgánicas, que constituyen la personalidad del investigador. Y esto es cada día más preciso, porque a medida que la Humanidad avanza se hacen menos frecuentes y más difíciles los progresos científicos emanados del sabio solitario, que desde su despacho y su laboratorio derrama sobre el mundo la verdad recién conquistada en el silencio. La ciencia de ahora es cada vez menos individual; es, como todo en la vida presente, pero aún más que todo lo demás, obra de colaboración, y lo será cada día en mayor proporción que ahora (1).

Y aún hay otra razón. Al darnos cuenta de que no sirven los concilios de sabios para enterarse de nada nuevo, porque ninguno de ellos ha esperado a la fecha de la reunión para revelar su secreto, sino que, apenas

(1) Hace pocos días oía en unas oposiciones —donde se oyen siempre los despropósitos mayores— este que los supera a todos: el rechazar las publicaciones de un opositor ; porque estaban escritas en colaboración! El entusiasmo con que vemos el porvenir científico de España, tiene que superar algunos baches, tan hondos, a veces, como el de oír esto, dicho por jóvenes y sin que los otros protesten.

poseído, lo ha lanzado a la publicidad; al enterarnos de esta inutilidad informativa de las agrupaciones eventuales y de las Academias, es cuando nos hemos dado cuenta de que en cada hombre hay algo tan importante como las ideas —quién sabe si más—, que es el hombre mismo. Más trascendencia tiene muchas veces para el progreso de un trabajo en marcha el conocer a otro investigador paralelo, aun sabiendo de un modo imperfecto su modo de pensar, que el saber a fondo y de memoria la totalidad de su obra. El hombre es el molde y matriz de las ideas, y para el juego de éstas lo de más trascendencia pedagógica es verlas palpitar y nacer. El alumbramiento de la idea, que brota muchas veces de la polémica directa, es el espectáculo aleccionador por excelencia, incluso aun cuando la presunta idea resulte un mero cohete del ingenio, que se rompe y desaparece después de haber subido y fulgurado en las alturas.

II

EL VALOR DEL HOMBRE.

Cuando ahora recordamos a nuestros maestros remotos tenemos la sensación precisa de que los que alumbraron más luces en nuestro espíritu no fueron los que nos habían enseñado más cosas, sino los que supieron entender nuestra curiosidad y nuestro amor a la ciencia, al contacto de su personalidad viva y bullente. Lo eternamente verdadero es el valor humano de cada ser vivo, de donde nacen las ideas perecederas. Los maestros y no las ideas de éstos, son los que forjan a los discípulos.

De aquí el error de los que impugnan la utilidad de las reuniones científicas, so pretexto de que en los libros está la ciencia toda. Y el error aún más grave de algunos públicos, que cuando reciben a un maestro le-

ne de exponer su doctrina sin valorar el hecho de su simple presencia. Una vez me contaba un profesor de un país joven y trasatlántico, hombre muy inteligente, la visita que hizo a su patria uno de los grandes escritores de su época, y añadía: "No gustó porque dijo lo mismo que había escrito ya en sus libros." Pero le repuse yo: "Y el oírle a él mismo, al maestro vivo y no a sus libros yertos, sus propias ideas conocidas? ¿Es que el espectáculo del ingenio actual y palpitando no lo compensa todo? ¿Qué nos importa ante eso que las ideas sean conocidas o ignoradas? Las ideas tienen siempre su antecedente próximo o lejano. Las más originales son, en el fondo, la renovación de otras conocidas. Lo único que es verdaderamente nuevo bajo el sol es el ser humano."

No; yo no creo que ha pasado el tiempo de las Sociedades científicas y de las Academias. Creo, por el contrario, que el mundo de la cultura tiene que orientarse hacia una cotización cada vez más alta del individuo humano, no sólo como valor intelectual, sino como fuerza biológica íntegra; como fué valorado durante la civilización helénica y siglos después, en los años primaverales del Renacimiento, tan parecidos, yo no lo dudo, a los de esa época, que ya se vislumbra en la lejanía, en que desembocaran los tiempos críticos que estamos viviendo. Con la ventaja de que hoy un hombre o una mujer cualquiera están infundidos de un acento de dignidad humana y de experiencia del camino recorrido en años henchidos de trascendencia, que no tuvieron jamás los habitantes de las otras etapas de la Historia.

Nos hemos quejado mucho, y con razón, de la materialización excesiva de la vida moderna. Y si se medita sobre la razón profunda de este descenso del nivel espiritual de nuestra existencia, nos será fácil localizar, si no la causa única, una de las más eficaces, en la relajación y en la rotura de los lazos materiales de la

convivencia humana. Cosa extraordinaria: la técnica, hecha para enlazar a los hombres dispersos, los ha separado de un modo radical. El tren y los caminos recorridos por los ágiles coches de ahora, el avión, el telégrafo y la "radio", nos ha permitido conocer al instante el pensamiento de los hombres lejanos o poner nuestra persona, en unas horas, a distancias de lejanía hasta hace poco inaccesibles. Pero esta conquista de la ancha superficie de la tierra y de la superficie infinita del espíritu humano se ha hecho a costa de la pérdida de nuestra capacidad para ahondar en el tesoro maravilloso del alma de cada hombre.

III

ORGULLO DE LA ÉPOCA.

No son éstas lamentaciones del tiempo presente. Muchas veces me he burlado de los que creen invariablemente que viven en la época más nefasta de la Historia; que la bondad y el saber se han extinguido; que las generaciones nuevas son insolentes e incapaces. Yo estoy, por el contrario, contento y orgulloso del tiempo que me ha tocado en suerte: encrucijada de corrientes humanas que se dispersan o que nacen; tal vez de actualidad incómoda, pero de porvenir preñado de conquistas y de glorias. Siento, si se me permite la licencia, el patriotismo de mi época tan profundamente como el de mi Patria. Creo también que la generación que nos sigue es superior a la nuestra, y me basta para estar cierto de ello el que a veces no nos lo parezca. Desgraciado el mundo cuando los hombres maduros y los viejos encuentren perfectos y admirables, sin reservas y resquemores, a los jóvenes que vienen detrás; o cuando los jóvenes acaten sin discusión y rebeldía a sus predecesores. Lo esencial del progreso es el cambio radical en los puntos de vista, en el criterio frente a las mismas vi-

vencias sociales, siempre que no se rompa la continuidad eterna de los grandes principios del bien y de la sabiduría. Sin duda, los años que precedan a la extinción de la especie no serán, como creen muchos, de desolación y de guerra, sino, por el contrario, de coincidencia gozosa, no ya entre los pueblos separados en realidad por barreras artificiales, sino entre las distintas generaciones, que son la expresión de la divergencia fundamental, biológica, entre los seres humanos.

No me quejo, pues, de nada. Pero hago constar un hecho indiscutible: los hombres han perdido, gracias a la técnica, su capacidad de comunicación interhumana, y es necesario recobrarla para que el mundo siga hacia adelante. Necesidad urgente, sobre todo, en la vida científica, que ha de ser el esqueleto de la vida futura. Cualquiera intelectual de ahora conoce fácilmente la obra, es decir, la ideología oficial de cuantos otros intelectuales le interesan. Pero le falta, por el hecho de esa misma facilidad, el roce de su espíritu con el de los hombres afines, el intercambio directo de los criterios y de los puntos de vista, de donde surge el matiz del pensamiento y ese calor fecundo que tienen, y sólo entonces, las ideas nuevas, en la fase de su gestación. Ningún sabio actual podrá publicar a su muerte una correspondencia como la de Darwin, en la que está la semilla de su labor ingente y de la de su escuela, o unas conversaciones como las de Goethe, en las que se dibuja con toda claridad, como hablando, como hoy ya no puede hablar nadie —¡quién tiene una tarde libre para conversar!—, se ponía en tensión su espíritu prodigioso y brotaban en el roce suave del diálogo, a través de una tarde entera, las chispas instantáneas de las ideas originales.

IV

TÉCNICA Y HUMANISMO.

Por todas partes se construyen institutos magníficos, dotados de instalaciones y aparatos que facilitan el ejercicio, a veces áspero, de la ciencia. Está bien; son precisos, y yo pido muchos para los investigadores de nuestra España. Pero es preciso no olvidar, tal vez crear de nuevo, la preocupación humanista por el pensamiento que se alimenta en la comunidad de los hombres, que viven para servirle y realzarle.

“El pensamiento fáustico —dice Spengler— empieza a estar harto de la técnica. El cansancio se propaga en las generaciones nuevas, y surge una especie de pacifismo en la lucha con la Naturaleza.” Hay que volver a ésta, al campo, como cada vez que la Humanidad está en crisis; pero también al hombre, engrandecido por la técnica, pero hoy sepultado debajo de ella. Hay que resucitarle de entre las fábricas, los vapores y las retortas. Hay que volver —un poco, un poco al menos— al hombre puro, con el poder milagroso de su cabeza sobre los hombros y de su corazón, fuente de perenne generosidad y de amor, que equivale a la única originalidad auténtica y perpetua; al hombre, como energía primitiva, centro del mundo y trasunto maravilloso del Creador.

Goethe decía que, después de haber dedicado la vida entera a la curiosidad de la ciencia, podría escribir toda su sabiduría en el sobre de una carta; pero, en cambio, la existencia del hombre mejor dotado para la observación no bastaría, toda ella, a conocer a otro hombre, al que pasa a nuestro lado, al más humilde de nuestros semejantes. Nada como el trato con el ingenio de los otros enriquece el nuestro. No abominemos, pues —enrolados en una moda necia—, de las Academias. No pidamos como el poeta —que unas veces sirve de voz a la divinidad y otras habla forzado por el ripio—, no pidamos a Dios que nos libre de las Academias como del cólera

o de la escarlatina. Será mejor que procuremos aumentarlas y dignificarlas, podándolas un poco de su oropel y convirtiéndolas en recintos auténticos del saber humano, en seminarios de humanismo, en propulsoras eficaces de la cultura; en cierto modo, en antídotos del tecnicismo.

Tenemos que continuar la historia; pero suele confundirse el continuar la historia con repetirla de un modo servil. Sólo los padres muy tontos, por falta de imaginación, desean que sus hijos los imiten. Los hombres que sienten la paternidad en su sentido histórico ansían ser superados, incluso destruídos, por la obra de sus hijos. El hoy que crean nuestras manos será tanto más legítimamente hijo del ayer cuanto menos se le parezca. Con esto se excluye toda crítica substancial de nuestro pasado; antes bien, lo acato, lo acatamos todos, con veneración. En todos nosotros hay como un hondo sentido de respeto a las etapas anteriores de nuestra vida social al intentar reformar su dinámica lo más radicalmente que se pueda, bajo el signo de los mismos principios inmutables de la cultura. Lo esencial de los cambios fecundos en estas Sociedades limitadas, como en la vasta soledad de los pueblos, está precisamente en eso: en conservar los ídolos, pero en cambiar los ritos. Es decir, lo contrario de lo que suponen los revolucionarios bullangueros, los pobres iconoclastas, para los que se reduce todo a quemar los dioses, que cobran en sus cenizas nuevo aliento inmortal; respetando, en cambio, intactas las normas rituales, en las que está solapadamente oculta la polilla de la vejez.

IV

JERARQUÍA Y EFICACIA.

Para mí, para nosotros, una Sociedad científica, una Academia, para ser moderna en su sentido real, es decir, para tener la eficacia apropiada a su momento, debe,

ante todo, despojarse de su sentido jerárquico. Este es precisamente el defecto que ha fosilizado a las Corporaciones científicas aquí y en todas partes. Ser académico, ser directivo de una Sociedad de ciencia, representa un galardón social, y no un puesto de combate. La sociedad y el Estado actuales tienen otros laureles con que ornar las cabezas que han encanecido en la noble batalla del pensamiento. Las Academias deben ser organismos jóvenes, de propulsión, de lucha; no templos muertos, donde se exhibe la iconografía de las celebridades nacionales. Y al decir esto no me refiero para nada a la edad de los académicos, porque mucho antes de aproximarme yo a la vejez he hecho uno de mis lemas el respeto a los años fructíferos de la declinación; y otra divisa, del encono hacia aquellos jóvenes, nada más que jóvenes, que utilizan su juventud como patente de corso para encubrir las pasiones más viejas e infecundas. Sobre todo en la ciencia, los años representan el insustituible consejo que da la visión panorámica de lo que quiso ser y luego no fué nada, de lo que parecía que no era nada y terminó siendo una verdad renovadora. Es, sí, precisa esta visión templada de los ojos cansados de estudiar, junto a la mirada audaz y penetrante de la pupila entusiasta de los mozos. Mas a condición de que para unos y para otros el ostentar un cargo académico sea una responsabilidad y un dinámico compromiso, y no una simple medalla o una escalerilla de mano para alcanzar otros puestos de más elevación.

Sólo con este criterio, al margen riguroso de toda razón honorífica, deben ser reclutados los académicos y los dirigentes de las Sociedades científicas, cargos siempre de máxima responsabilidad, y por ello inexorablemente transitorios.

Este criterio lleva aparejada la invitación espontánea de la sociedad misma para incorporarse miembros nuevos y para elegir sus rectores, acabando con la

deshonestidad de la propia iniciativa del candidato y del servil pedigüeño, que todavía persiste en nuestras costumbres, sin otra razón que la psiquiátrica de una contribución mortificativa que los que ya llegaron imponen a los que quieren llegar, para vengarse así, en su subconciencia, de las heridas que sufrió su dignidad para alcanzar el puesto codiciado. Toda Sociedad científica debe ser una oficina que vigile, alerta, la iniciación de cada nuevo valor, de cada hombre que empieza con brío, para llevarlo a su seno, y que vigile también la posible colaboración de cada organismo social para incorporarlo a su propia eficacia.

.....

.....

GREGORIO MARAÑÓN.